

## Una nueva campaña de odio

Juan Antonio Isla Estrada

Los peores días de la guerra sucia que estuvieron presentes en el proceso del 2006 reaparecieron con extrema crudeza en los mensajes televisivos que comparan el asalto a la tribuna por miembros del Frente Amplio Progresista (FAP) con los ‘golpes de estado’ y las ruindades de Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Augusto Pinochet y Victoriano Huerta, equiparando de paso a estos personajes con Andrés Manuel López Obrador.

Otra vez las campañas de odio hacen estallar esquivas en el aire y lastiman hasta a quienes hicieron el disparo. Los promocionales tienen una dosis de resentimiento y venganza pueril, como dolidos deben estar aún los perdedores de una de las elecciones más cuestionadas de la historia. Detrás de esta nueva campaña (que curiosamente utiliza comparaciones de arquetipos del fascismo y la intolerancia) hay un tufo de propaganda nazi en tanto manipula los sentimientos y las emociones.

Si hay un ánimo de desquite porque los liderados por AMLO interrumpieron la discusión de la reforma energética, la reacción ha sido desproporcionada y el recurso utilizado ha sido de la peor baja. Podrán decir los defensores de esta vergonzosa campaña mediática que también hay baja en la toma de la tribuna. Vayamos matizando.

En el traspatio de esta nueva cruzada de corte reaccionario se advierten las erupciones alérgicas que provoca en una fracción conservadora de la sociedad mexicana cualquier posición de izquierda, cualquier manifestación de origen perredista. Más graves son las ronchas cuando es López Obrador el causante de la dermatitis. El tabasqueño ha provocado comezón y vómitos entre políticos y empresarios, entre priístas y panistas, entre dueños de medios de comunicación, entre jerarcas del clero y entre cúpulas patronales. Es el mismísimo diablo, Satán con barba partida y canas, endemoniado ‘Peje’, grotesca caricatura y personaje de parodia, símil de gobernantes barbajados y blanco de tal magnitud de ataques que han contribuido a crear un clima de polarización y violencia, el cual puede derivar en hacer propicio un atentado en contra del ‘Mesías tropical’ a quien pueden convertir en mártir, con todas las consecuencias que ello traería consigo. Es decir, el linchamiento mediático está llamando a un linchamiento físico. En pocas palabras: se está jugando con fuego.

Grave si es una revancha infantil de esos sectores contra las medidas ‘porriles’ de secuestrar las tribunas y paralizar el Congreso de la Unión, más grave aún si se trata de un acto desesperado del gobierno de Calderón, ante un escenario complicado para lograr que sus iniciativas se aprobaran ‘al vapor’ por los legisladores.

Tan antidemocrático es irrumpir con mantas de clausura la tribuna del pleno en San Lázaro y dormir en el estrado de Xicoténcatl para congelar la discusión de una ley, como enviar mensajes que revelan una profunda ignorancia y una intolerancia que daña la democracia y el derecho a la información.

Indudablemente que no estamos de acuerdo con los procedimientos de presión del tabasqueño, ni es cosa de irse acostumbrando a ellos, como tampoco coincidimos con su estilo de liderazgo, similar al de los grupos estudiantiles radicales que con la frase ‘todo o nada’ marcan su intransigencia. Pero sí podemos encontrar atenuantes cuando AMLO se identifica (cada vez más por intereses políticos personales y hasta por ‘revanchismo’ que por convicciones profundas) con las causas que son prioridad cuando se discuten problemas relacionados con la salud de la República.

Así como tampoco se puede admitir en una sociedad civilizada que se crucifique del modo como lo pretende hacer ese misterioso personaje que reivindica la autoría de los mensajes. Más cuando el objeto del ataque es alguien que hasta puede llegar a tener razón en las medidas extremas que dicta y que sus correligionarios y simpatizantes acatan y aplican. Lo que se discutiría en el Senado es nada menos que el patrimonio de la Nación. Lo que está en juego es demasiado importante, lo cual no de ninguna manera justifica las formas radicales para interrumpir el diálogo.

Por otra parte, el contenido de los mensajes evidencia ignorancia supina y mala fe. Hitler no dio un golpe de Estado, fue un gobernante ‘legítimo’ que asesinó a millones de judíos e invadió y destruyó países; Pinochet no tomó la tribuna, dio un golpe de estado luego de lo cual se tomó una fotografía como un gorila rodeado de gorilas, antes de mandar matar a los legisladores y a miles de chilenos; Victoriano Huerta no utilizó ‘adelitas’ para obstruir el paso de los diputados, pero sí asesinó a varios de ellos y desapareció al Congreso.

Es una pena que la agenda nacional y las reformas estructurales deban pasar por el camino del escándalo y la confusión. Es una pena que los acuerdos democráticos deban pasar por la estridencia de los perredistas con tal de evitar los albazos de sus adversarios en las cámaras. Es una pena que la sospechosa urgencia por las reformas no conceda plazos para propiciar el concienzudo debate, los paneles de los especialistas, la consulta ciudadana. Es una pena que la izquierda representada en el Congreso, en lugar de ser interlocutora poderosa, proyecte la idea de ser la insolente invitada a la fiesta parlamentaria. Es una pena que enviemos al mundo la señal de nuestro desacuerdo en la mitad de la ruta, mientras los demás países llegan a la otra orilla. Es una pena que las televisoras se presten a hacer el juego sucio, en lugar de ser mediadoras entre el ambiente de crispación. Es una pena que los espacios del debate democrático se vuelvan tianguis temporales y en sus pasillos los niños den patadas a un balón que jamás encontrará las redes. “Porque así semos”: buenos para finta, para el engaño, para burlar al contrario, para la floritura de más (la cascarita) y ya que estamos frente al arco vacío... nomás no la metemos.

Pero si al final de esta historia algo nos queda, si al final los poderosos no se quedan con todo y los oportunistas no sacan la tajada que esperan, si al final los abusivos que han medrado de los privilegios que conceden los gobernantes (ellos mismos sus beneficiarios) no se salen con la suya, de algo habrá valido la pena tanto grito, tanto sombrerazo, tan patéticas imágenes que son un símbolo más de nuestras divergencias, que son una metáfora de las antípodas en las perspectivas y prospectivas de una Nación que ha mantenido a los mexicanos entretenidos en el pleito (a veces ameno, a veces fastidioso) desde hace dos siglos. No más.

<http://www.RadioAyohui.com>